

HOSPITAL GREGORIO MARAÑÓN.

Ella es simple; simple como un baldosín, como ese botón, esa luz verde o su bata blanca. En cualquier otro sitio le hubieran puesto un mote, seguro, o se habrían reído de ella, le engañarían con los turnos, cosas así. Pero nosotros la queremos y la protegemos porque cuando algún enfermero de la unidad se la quiere tirar no tiene más que contarle una historia triste, y ella sonríe y a veces deja que la follen en una camilla que hay en la salita contigua. Y siempre la tratan bien. A veces no se nos ocurre nada y basta con decir que te han devuelto una letra o que te has quedado sin gasolina, en realidad lo que cuenta es que ella haya visto un niño de camino al trabajo, o un perro mirando a las personas, hojas en la calle, una pelota. Y en el cambio de turno lo hacen. Todos los enfermeros de la unidad de cuidados intensivos, todos menos uno, pero él sabrá. Si te cambian de unidad, mala suerte, no se lo dices a nadie. Y si te destinan por primera vez tarde o temprano te enteras de que va esto, pero ya llevas tiempo con ella y no te escandalizas, y tampoco lo cuentas. Llegará un día que la necesites, y te sonreirá. Después, cuando te vistas, mirarás su rostro y te darás cuenta de que es como si le hubieses dado un beso en la frente. Ella espera a que pienses eso, y luego te sonríe, y si todavía eres un hombre duro te da las gracias, y si tu interior es un saco de mierda, entonces te pregunta si ha llegado algún comatoso nuevo (aquí los traen, cuando entran en coma).

-Sí, el 15 -responde un hombre duro de esos, por ejemplo.

Y Ella se acerca a su cama y pregunta al oído del 15 sin dejar de mirar al hombre duro (que puede estar perfectamente abrochándose la bragueta): "¿De qué color son sus ojos?"

Cuando te explica que llegan desnudos y con los ojos cerrados, que sabe que la oyen y agradecen que te intereses por el color de sus ojos tú ya no dices nada a nadie. Contarlo, contar que te la tiras, no se lo cuentas a nadie. Hubo una vez uno que se pasó de listo, pero le dimos un repaso.

Ella es simple, pero no tonta. La primera vez que te acoge es que ha llegado un comatoso nuevo. Hoy ha llegado el 15, unas horas antes de que empezase a llover, y el hombre duro, por supuesto, no sabía de qué color eran sus ojos. Ella habrá hablado al comatoso mientras él se sube la cremallera, o la bragueta. El "hombre duro"... habrá deseado ser su gatito después de escucharla. Como todos nosotros. Y durante un tiempo se la tirará cada vez que coincidan sus turnos, pero poco a poco irá espaciándolo. Al final sólo se lo pedirá cuando realmente lo necesite. Como todos nosotros.

Cuando se queda sola revisa las gráficas, pantallas, aparatos, pero enseguida pierde interés. Ella, que nos ama con pedirlo (prenderíamos fuego al Gregorio Marañón si se llevasen nuestra camilla de la salita privada), que todos alguna vez le hemos traído alguna flor, que nunca le hemos preguntado nada, ella piensa que los que quieran volver volverán y los que no se dejarán ir, gritarán cada vez desde más lejos y su eco será tan débil que ninguno de esos aparatos podrá ya registrarlo.

Hoy ha empezado a llover en Madrid. Ella mira intrigada la pantalla del 15 porque algo se mueve en el cerebro de ese hombre, a intervalos. Algunas veces ocurre, pero nunca así. Normalmente pasa cuando se despiertan. No es como un arbolito de Navidad que se encienda y se apague.

Ella está inquieta, se le ha ocurrido pensar que ahí fuera, en la calle, la lluvia anda buscando a alguien.

-¿Llueve todavía?

-Sí.

El 15 es un hombre a punto de morir que en su agonía siente el dolor atrapado en su cuerpo.

-¿Cuánto lleva así?

-No sé, ahí lo pondrá, en la gráfica.

Entonces ella se acerca se al rostro del 15 y mirando al hombre duro susurra: "¿De qué color son sus ojos?".

-No puede oírte... -apenas si consigue decir el hombre duro.

Pero en realidad, lo que está ocurriendo es que ese dolor hace que el 15 pierda la razón.

-Estará soñando..

Y en algún lugar de su cerebro comienzan a alternarse los periodos de locura y de razón.

Cuando prevalece la razón desea morir, pues es penosa la agonía.

Cuando le invade la locura, en cambio, desea vivir a toda costa.

Entonces su locura inventa un juego para burlar a la muerte y a la razón. Quizás lo inventa, o quizás lo recuerde de cuando estaba sano y alguien se lo hubiera contado, o lo hubiera leído. Da igual.

Lo cierto es que en su locura se cuenta historias. En ellas se cuenta a si mismo una y otra vez. Cada relato -en el fondo siempre el mismo- finaliza con la muerte del personaje, que es siempre él mismo.

La locura intenta que con su muerte en la realidad el último cuento quede sin final, y el personaje, que es él en cada relato, se salve de ese destino de muerte prefijado por él de antemano.

Y en su locura se cuenta una y otra vez, acercándose cada vez más al momento de su muerte, persiguiendo, de ese modo, una vida que resultará de su verdadera muerte.

Y, en cierta manera, este juego prolonga su vida, y su agonía.

-¿Cómo vas?

-Bien. ¿Llueve?

-Sí.

-¿Cómo va el 15?

-Igual.

Pero llega un momento que el dolor producido por la enfermedad hace que en la mente del 15 razón y locura compitan.

La razón desea que todo acabe.

La locura mantiene vivo al cuerpo con su juego.

La razón es los instantes de cordura; y elabora una estrategia.

La razón, de alguna forma, se introduce en el último relato. Y va dando pistas al personaje.

Llega un momento que ese personaje sabrá que es tal, y que el final de su relato será su muerte. Comprende entonces que sólo la muerte del narrador salvará su vida.

La razón pretende con ello que en la locura el personaje mate al narrador.

Y el personaje mata al narrador.

-Mira.

-Vaya, se acabó. Avisa a los de administración. Yo llamo al médico de guardia.